

RICHARD SHEPHERD



«Uno de los mejores libros que he leído en años.
Absorbente, imposible dejarlo.» *The Times*

CAUSA



DE
LA MUERTE

La vida y las muchas muertes
de un médico forense

500.000

EJEMPLARES
VENDIDOS EN
EL REINO
UNIDO



PENÍNSULA

Causa de la muerte

La vida y las muchas muertes de un médico forense

Richard Shepherd

Traducción de Ana Camallonga

Título original: *Unnatural Causes*

© Dr Richard Shepherd, 2018

First published as *Unnatural Causes* in 2018 by Michael Joseph,
an imprint of Penguin Books.
Penguin Books is part of the Penguin Random House group of companies.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: mayo de 2021

© de la traducción del inglés, Ana Camallonga Claveria, 2021

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2021
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Depósito legal: B. 5.325-2021
ISBN: 978-84-9942-993-9

I

Había nubes. Algunas eran montañas nevadas que se alzaban formidables. Otras se extendían sobre el cielo como grandes gigantes durmientes. Manejé los mandos con tanta suavidad que cuando la avioneta se inclinó, hacia abajo y a la izquierda, pareció hacerlo no respondiendo a mis órdenes, sino por instinto. Luego, frente a mí, el horizonte se convirtió en una línea recta. El horizonte es un amigo peculiar: siempre está allí, destellando entre el cielo y la tierra, inalcanzable, intocable.

Por debajo aparecieron las colinas de North Downs, y sus suaves promontorios se parecían de un modo extraño a las ondulaciones del cuerpo humano. La autopista los partía limpiamente. Los coches se perseguían unos a otros a lo largo de aquel profundo corte. Centelleaban como peces diminutos. Luego la autopista dejó de verse y la tierra desapareció en el agua, en un río en el que se entretejían una multitud de afluentes.

Un pueblo grande de repente, con su centro compacto de color rojo del que irradiaban carreteras flanqueadas por edificios más claros y modernos.

Tragué saliva.

El pueblo se estaba desintegrando.

Parpadeé.

¿Un terremoto?

Los colores del pueblo se difuminaban. Los edificios eran como guijarros en el lecho de un río a los que veía a través del cristal distorsionado del agua en movimiento.

¿Corrientes de aire fuera de lo común?

No. Porque el pueblo se difuminaba al mismo tiempo que algo en mi interior, algo que se parecía a la náusea. Pero más inquietante.

Parpadeé más rápido y mis manos se aferraron a los mandos de la avioneta, como si rectificando la altitud o la dirección pudiera rectificar esa sensación. Pero venía de muy dentro de mí y se abría paso a través de mi cuerpo con una fuerza física que me dejaba sin aliento.

Soy un hombre práctico y sensato. Pensé en posibles explicaciones prácticas y sensatas. ¿Qué había comido para desayunar? ¿Tostadas? No parecía que las tostadas pudieran explicar la repentina intensidad de mi malestar. Y si aquello no eran náuseas, ¿qué era? Lo que predominaba era algo parecido a una sensación de infelicidad y... sí, de miedo. Sentía que algo terrible estaba a punto de pasar. Incluso... sentía el impulso de hacer que pasara.

Un pensamiento grotesco e irracional cruzó por mi mente. ¿Y si saltaba de la avioneta?

Luché por seguir sentado, por respirar y por controlar la avioneta, por parpadear. Por volver a la normalidad.

Y entonces mire el GPS. Y leí: Hungerford.

Casas antiguas y de color rojo en el centro. Hungerford. En las afueras, calles grises y campos de deporte. Hungerford.

Y de pronto ya no estaba allí, y en su lugar apareció Savernake Forest, una vasta extensión de vegetación verde. El gran bosque me devolvió poco a poco la tranquilidad, como si yo fuera un caminante que estuviera disfrutando

de la sombra que proporcionaban sus árboles. Si mi corazón seguía latiendo con fuerza era por el horror de lo que había dejado atrás. ¿Qué me había pasado?

Tengo más de sesenta años. Soy médico forense y he practicado más de 20.000 autopsias. Pero hasta aquel momento, que es reciente, no pensé que mi trabajo, que ha hecho que me familiarice con el cuerpo humano sin vida tras enfermedades, procesos de descomposición, crímenes, masacres, explosiones, entierros y desastres de grandes dimensiones, pudiera tener consecuencias emocionales.

No hace falta llamarlo ataque de pánico. Pero me impactó hasta el punto de hacerme varias preguntas. ¿Quizá debía pedir hora con un psicólogo? ¿O incluso con un psiquiatra? Y, lo más preocupante: ¿quería dejar de hacer mi trabajo?

La masacre de Hungerford, que fue el nombre que se le acabó dando, fue mi primer gran caso como médico forense y me llegó cuando hacía ridículamente poco que lo era. Seguía siendo joven, estaba lleno de entusiasmo y había tardado muchos años en reunir los requisitos necesarios para ejercer mi profesión. Años de una formación muy especializada que iba más allá de los cursos habituales sobre anatomía y patología. Admito que el aburrimiento de tener que dedicar tanto tiempo a observar ínfimas diferencias celulares en el portaobjetos de un microscopio a punto estuvo de hacerme claudicar. En ocasiones, para recuperar la motivación, me escabullía y entraba en el despacho de mi mentor forense, el doctor Rufus Crompton, que dejaba que mirara sus expedientes y las fotografías de sus casos. A veces me quedaba allí sentado, absorto, hasta muy tarde. Y para entonces era capaz de recordar por qué hacía todo aquello.

Completé mi formación al fin. Me asignaron de inmediato al departamento de medicina forense del Hospital de Guy, bajo la tutela de quien entonces era el forense más famoso del Reino Unido: el doctor Iain West.

En aquella época, a finales de la década de los ochenta, de los médicos forenses se esperaba, igual que de los poli-

cías de mayor rango, que fueran bebedores impenitentes, hombres que se expresaban con firmeza, machos alfa. Los que hacen un trabajo necesario que a otros les repugna a menudo se sienten con derecho a ir por el mundo con cierta arrogancia, y Iain la tenía. Era un hombre carismático, un forense excelente y una bestia parda cuando le tocaba declarar en un juicio, donde no dudaba en enfrentarse a los abogados cuando hacía falta. Era un buen bebedor, un gran seductor de mujeres y alguien que sabía mantener en vilo a todo un bar cuando contaba una historia. Yo, que podía ser tímido, para entonces casi me había convencido a mí mismo de que tenía algún tipo de habilidad social. Hasta que de repente me vi en el papel de torpe hermano pequeño de Iain. Irradiaba una luz que iluminaba los *pubs* de Londres y yo estaba a su sombra, admirándolo junto al resto del público, sin atreverme apenas a añadir una ocurrencia propia de vez en cuando. O quizá lo que ocurría es que no era capaz de pensar en nada que valiera la pena decir, no hasta al menos una hora más tarde.

Iain era el jefe del departamento y estaba claro que era también su líder. La masacre de Hungerford fue un desastre de alcance nacional y una tragedia personal para los habitantes de aquel municipio, sobre todo para las familias a las que afectó directamente. En condiciones normales, Iain, siendo el jefe del departamento, habría partido de inmediato hacia el lugar de la tragedia. Pero ocurrió a mediados de agosto y él estaba de vacaciones, de modo que, cuando llegó el aviso, fui yo quien se hizo cargo.

Conducía de vuelta a casa cuando sonó mi busca. Aunque ahora cueste recordarlo, en 1987 vivíamos en un mundo sin móviles, y lo único que tenía era aquel pitido que me avisaba de que debía hacer una llamada telefónica lo antes

posible. Encendí la radio, por si el pitido pudiera estar relacionado con la actualidad. Y resultó estarlo.

Había un hombre armado aún suelto en una localidad de Berkshire tan recóndita que no había estado nunca en ella y apenas reconocía el nombre. Había provocado una masacre que se extendía desde Savernake Forest, el lugar de los primeros disparos, hasta el centro de Hungerford, y se había refugiado en un instituto de educación secundaria, donde la policía lo tenía rodeado. Intentaban persuadirlo para que se entregara. Los periodistas creían que había acabado con la vida de al menos diez personas, pero, como de momento no se podía acceder a la zona, no había forma de proporcionar una cifra exacta.

Llegué a casa, que por aquel entonces era una bonita vivienda en Surrey. Un matrimonio feliz, una niñera, dos niños pequeños que jugaban en el jardín: el contraste con los escenarios del crimen que yo frecuentaba no podía ser mayor. Aquel día yo sabía que mi mujer, Jen, probablemente no habría llegado aún, porque estaba estudiando.

Entré por la puerta principal y fui directo hacia el teléfono, diciéndole adiós a la niñera que se iba al mismo tiempo. Me informaron de cuál era la situación y estuvimos hablando con la policía y con la oficina del oficial de instrucción¹ sobre si creían que debía ir a Hungerford aquella misma tarde. Insistieron en que era necesario que lo hicie-

1. En gran parte del Reino Unido, las muertes por causas no naturales y las ocurridas en circunstancias sospechosas o bajo custodia policial las investiga un organismo público que lidera la figura del *coroner* u oficial de instrucción, que es quien solicita, si lo considera necesario, la intervención de un médico forense. En la actualidad, en el Reino Unido los oficiales de instrucción son abogados con al menos cinco años de experiencia y tienen un equipo a su cargo, formado a menudo por expolicías, que es quien hace el seguimiento de cada caso. (*N. de la t.*)

ra. Me comprometí a ponerme en camino en cuanto llegara mi mujer.

Encendí la radio y estuve atento a las novedades que llegaban de Hungerford mientras les preparaba la cena a los niños. Luego los bañé, les conté un cuento y los arropé en la capa.

—Que durmáis bien —dije, como siempre hacía.

En aquel momento yo era el padre cariñoso con sus hijos, y al mismo tiempo el experto forense que se moría de ganas de meterse en el coche e ir a ver lo que estaba pasando en el mayor caso de su vida profesional hasta la fecha. Cuando Jen entró por la puerta, el experto forense se hizo con las riendas de la situación. Me despedí de ella con un beso y salí a toda velocidad.

La policía me había indicado que debía abandonar la autopista M4 en el enlace 14 y esperar a la salida a la escolta policial. Poco después un coche de policía se deslizó junto al mío y dos rostros serios se volvieron hacia mí.

No hubo saludos.

—¿El doctor Shepherd?

Asentí.

—Síguenos.

Había estado escuchando la radio, claro, durante todo el trayecto y ya sabía que la masacre había terminado con la muerte del infractor, Michael Ryan, de veintisiete años, el cual, por razones que nadie podía discernir, había recorrido la población de Hungerford armado con dos rifles semiautomáticos y una pistola Beretta. Ya fuera porque había acabado disparándose con una de sus armas o porque un francotirador le hubiera ahorrado la molestia de hacerlo, el caso es que estaba muerto. Se había impedido el acceso a la prensa, los heridos habían sido trasladados al hospital, los habitantes del pueblo permanecían

en sus casas y ya solo quedaban policías y muertos en las calles.

Dejamos atrás un control policial y seguí al coche de la policía muy despacio a través de las calles extrañamente vacías. Los últimos rayos de sol del atardecer de verano atravesaban aquel pueblo fantasma y lo bañaban en una luz cálida y benigna. Los vivos estaban en el interior de las casas pero en las ventanas no se veía a nadie. Ningún coche se movía, solo los nuestros. Ningún perro ladraba. Ningún gato rondaba por los parterres de flores. Los pájaros habían enmudecido.

En nuestro recorrido por las afueras no muy extensas de la población pasamos junto a un Renault rojo atravesado a un lado de la carretera. Había un cuerpo de mujer desplomado sobre el volante. Un poco más adelante, al girar en South View, aparecieron los restos humeantes de la casa de Ryan a la izquierda. La calle estaba cortada. Vi el cuerpo de un agente de policía sentado inmóvil en su coche patrulla. El vehículo estaba atravesado por multitud de agujeros de bala. Un Toyota azul había chocado contra él; en el interior había otro conductor muerto.

Había un hombre mayor tendido junto a la puerta de su jardín, en medio de un charco de sangre. En la calzada, una mujer mayor, muerta. Boca abajo. Sabía, por las noticias, que debía de ser la madre de Ryan. Su cuerpo estaba en el exterior de su vivienda, consumida por las llamas. Más allá, un hombre en una vereda, con una correa de perro en la mano. En aquel atardecer de agosto, ya casi sin luz, la yuxtaposición entre lo cotidiano de las calles y la matanza indiscriminada que había tenido lugar era, ciertamente, irreal. Nunca antes había ocurrido nada parecido en el Reino Unido.

Nos detuvimos junto a la comisaría de la policía. La puerta de mi coche se cerró con un golpe seco y luego se

cerró también la del vehículo policial y después de eso el silencio volvió a bañar —no, a asfixiar— Hungerford. Pasarían años antes de que volviera a oír un silencio parecido, el silencio que sigue al horror. Por lo general, a las escenas de homicidio las acompaña el trajín de los vivos: agentes uniformados, detectives, peritos forenses, personas que se encargan del papeleo, que toman fotografías, que llaman por teléfono, que vigilan la puerta. Pero la enormidad de lo ocurrido aquel día había paralizado Hungerford y había llevado a la población a un estado que solo puedo comparar con el *rigor mortis*.

La comisaría de policía era más bien un puesto de policía: estaban haciendo obras, en cualquier caso, y había trozos de yeso en el suelo y cables colgando. Supongo que me saludaron. Supongo que le di la mano a alguien en algún momento. Pero tengo la sensación, al echar la vista atrás, de que todas las formalidades se llevaron a cabo en medio del más absoluto silencio.

Pronto se hizo de noche del todo y yo estaba en un coche policial, en dirección a la escuela en la que Michael Ryan se había parapetado y luego se había disparado un tiro.

Nos deslizamos muy despacio por una calle silenciosa. Los faros iluminaron un coche accidentado, con su conductor claramente visible, inmóvil. Salí del vehículo una vez más. La luz de mi linterna recorrió los pies, el torso, la cabeza. Bueno, sobre la causa de la muerte no había ninguna duda: tenía una herida de bala en la cara.

Nos detuvimos junto al siguiente coche y luego junto a un par más. Las heridas de bala estaban en un lugar distinto en cada caso. A algunos les había disparado una vez, a otros les había disparado una vez y otra vez y otra vez.

Había grúas esperando a un lado del camino a llevarse los coches accidentados en cuanto la policía hubiera foto-

grafiado la escena y retirado los cuerpos. Me volví hacia el agente que conducía el vehículo en el que viajaba. Mi voz rompió el silencio como un cristal haciéndose pedazos.

—No creo que sea necesario que examine más cuerpos *in situ*. No hay duda sobre cómo murieron. Podemos dejar lo demás para la autopsia.

—De acuerdo, pero necesitamos que le eche un vistazo a Ryan —dijo.

Asentí con la cabeza.

En el instituto de educación secundaria John O’Gaunt había muchos más agentes de policía.

Me explicaron la situación antes de ir al piso de arriba.

—Nos dijo que llevaba una bomba. No lo hemos registrado todavía porque nos preocupaba que la bomba pudiera detonar si lo movíamos. Pero necesitamos que vea el cuerpo y certifique la muerte. Solo por si estalla cuando vayamos nosotros. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Le aconsejo que no lo mueva, señor.

—De acuerdo.

—¿Quiere un chaleco antibalas?

Rechacé el ofrecimiento. El chaleco estaba diseñado para detener balas y no habría sido de demasiada utilidad a tan poca distancia de una bomba. Y, en cualquier caso, no tenía la menor intención de mover a Ryan.

Fuimos al piso de arriba. Ese olor como a goma de las escuelas. Cuando abrieron la puerta del aula, había pupitres. Algunos estaban volcados, pero la mayoría seguían en pie, en ordenadas hileras. En las paredes se veían dibujos clavados con chinchetas y esquemas de ciencias. Todo perfectamente normal. Salvo por el cadáver que había apoyado, casi como si estuviera sentado, en la parte delantera de la clase, junto a la pizarra.

El asesino llevaba una chaqueta verde. Hubiera podido parecer un hombre que había salido de caza de no ser por la herida de bala de la cabeza. La mano derecha descansaba sobre su regazo. Sostenía una pistola Beretta.

En cuanto avancé en su dirección, fui consciente de que todos los agentes abandonaban en silencio el aula. Oí cerrarse la puerta a mis espaldas. Desde el otro lado se escuchó un mensaje de radio: «Está dentro».

Estaba solo en un aula con el mayor asesino en serie del Reino Unido. Y tal vez con una bomba. Me había sentido atraído por mi profesión gracias a los libros de ese monstruo de la medicina forense que fue Keith Simpson. Pero no puedo recordar que mencionara la posibilidad de algo así en ninguno de ellos. Era muy consciente de todo lo que me rodeaba. Los sonidos amortiguados que llegaban del otro lado de la puerta. Las luces del exterior que arrojaban sombras oscuras que se solapaban en el techo. El débil rayo de luz de mi propia linterna. El aula olía a tiza y sudor, y ese olor se mezclaba de forma extraña con el de la sangre. Crucé la habitación, con la atención puesta en el cuerpo que había en la esquina. Al llegar, me arrodillé y lo miré. La pistola, que había matado ya a tanta gente aquel día, me apuntaba directamente.

Michael Ryan se había disparado un tiro en la sien derecha. La bala le había atravesado la cabeza y había salido por la sien opuesta. Vi la bala poco después, al salir del aula, incrustada en un tablón de anuncios que había al otro lado de la estancia.

Informé a los agentes de lo que había visto. No había cables ocultos. La causa de la muerte era una herida de bala en el lado derecho de la cabeza, un clásico de los suicidios.

Luego, con el alivio de alejarme de aquel lugar convertido en triste sepultura, aceleré en la autopista. Pero pare-

cía que el silencio de Hungerford se hubiera infiltrado en el coche y viajara conmigo, como un pasajero descomunal y no deseado. Me sentí abrumado de repente por todo lo que había visto aquel día. Por la enormidad de lo ocurrido. Por el horror. Me detuve en el arcén y me quedé sentado en la oscuridad mientras las luces de los demás vehículos pasaban a mi lado, sin ver, sin saber.

Solo me di cuenta de que un coche de policía se había detenido justo detrás del mío cuando noté que alguien daba un golpecito en la ventana.

—Disculpe, señor. ¿Se encuentra bien?

Le expliqué quién era y de dónde venía. El agente asintió con la cabeza y me miró con atención, analizándome, preguntándose si debía creerme.

—Necesito solo un minuto —dije— antes de seguir.

Los agentes de policía no son ajenos a las transiciones entre el trabajo y el hogar. Asintió de nuevo y volvió a su vehículo. Sin duda para comprobar lo que yo le había dicho. Unos minutos más tarde tuve la certeza de que había dejado Hungerford atrás y que lo que tenía ante mí era mi casa. Puse las luces, hice un gesto de despedida con la mano y me incorporé a la gran corriente del tráfico de la autopista. El vehículo policial arrancó detrás de mí y me escoltó durante un rato; luego se quedó atrás y dio la vuelta. Seguí solo el resto del trayecto.

En casa, los niños estaban acostados y Jen estaba en el piso de abajo, mirando la televisión.

—Sé dónde has estado —dijo—. ¿Ha sido horrible?

Sí. Pero lo único que hice fue encogerme de hombros. Me volví de espaldas a ella para que no pudiera verme la cara. Me invadió la urgencia de apagar el televisor, de dejar de ver a los periodistas que hablaban con animación, con apremio, sobre Hungerford. Los muertos de Hungerford

ya no sentían animación y nada los apremiaba. Eran hombres y mujeres a los que habían asesinado mientras se ocupaban de sus asuntos, asuntos que creían importantes y urgentes hasta que alguien decidió ponerles punto y final. Ya no había nada importante para ellos. Nada que fuera urgente.

Aquella noche estuve hasta tarde haciendo llamadas para organizar las múltiples autopsias que habría que hacer al día siguiente. Esperaba poder ayudar a la policía a reconstruir cada muerte y de este modo, con el apoyo de los testigos, también los movimientos de Ryan. La reconstrucción de un crimen es importante. No solo para todos los involucrados, sino para todo el mundo. Como humanos, sentimos la necesidad de saber. Sobre ciertas muertes concretas. Sobre la muerte en general.

A la mañana siguiente practiqué varias autopsias rutinarias: borrachos, drogadictos y ataques al corazón. Todas en la morgue de Westminster. Mientras mis compañeros me pedían detalles de lo ocurrido en Hungerford, la policía trasladaba los últimos cuerpos a la morgue del Hospital Royal Berkshire, en Reading. Cuando llegué, en torno a las dos de la tarde, me recibió el personal que trabajaba allí e hicimos las presentaciones a la manera tradicional de nuestra profesión: frente a una taza de té. Se considera un ritual esencial en las morgues, tanto un derecho como un deber antes de practicar una autopsia.

Y entonces la puerta se abrió de par en par y en la habitación irrumpió Pam Derby. La estancia se llenó de movimiento. Pam era nuestra secretaria, tan diminuta como fundamental para el funcionamiento del equipo.

—¡Vaya! —dijo.

Su presencia era siempre imponente, pero aquel día parecía estar a niveles máximos de eficiencia. Dos auxiliares de la morgue no demasiado entusiastas se afanaban tras ella con el ordenador.

—¿Dónde puedo enchufarlo?

No era una pregunta, era una exigencia. Los ordenadores de oficina estaban en pañales en 1987, y eran unos pañales muy grandes. Nuestro ordenador, de hecho, podría haber salido de un huevo de dinosaurio: Pam tuvo que traerlo del Guy en una furgoneta.

Vio que yo llevaba ya mi delantal verde y mis botas blancas de agua. Estaba a punto de iniciar los exámenes externos y de organizar los rayos X. Listo para empezar.

—No, no, no, no puedes hacer nada hasta que el ordenador no se haya puesto en marcha y eso tarda al menos diez minutos. O me llevarás demasiada ventaja. Hazme una taza de té —pidió. Sin duda Iain West se engañaba si creía que era el jefe del departamento.

Con el ordenador y la tetera ya ronroneando, Pam se sentó ante el teclado.

—Todo esto es un poco absurdo; les han disparado, cualquiera puede verlo —dijo enérgicamente.

Pam estaba familiarizada con el trastorno emocional y espontáneo de los homicidios reales. Por eso, ella y otras personas del equipo leían a menudo novelas policíacas de tramas trazadas con escuadra y cartabón, donde el asesino deja pistas evidentes y al final todas las piezas del puzzle encajan. Nada que ver con las múltiples versiones de la verdad, los hechos que entran en conflicto y las interpretaciones que se hacen de ellos que conforman el caótico día a día de las investigaciones reales.

Pam tenía razón: no había ningún misterio ante nosotros. Pero cada cuerpo era un hermano, un padre, un hijo,

un amante. Cada uno de ellos era especial para su familia y amigos y era un acertijo que yo debía resolver. Había seis mesas que iban de una punta a otra de la habitación, y había un cuerpo en una de cada dos; las mesas vacías que había entre un cuerpo y otro se usaban para depositar en bolsas y luego etiquetar los cientos de muestras que íbamos a tomar.

El primer cuerpo era el de Michael Ryan. Seguramente, la mayoría de los desconsolados familiares de las víctimas no habrían querido que compartiera morgue con los suyos, y menos una sala de autopsias. De hecho, lo que todo el mundo quería era sacárselo de encima. La prensa seguía insinuando con indisimulado regocijo que a Ryan lo habían «eliminado» las fuerzas especiales aéreas, el Special Air Service (SAS), pese al comunicado de la policía que había confirmado, tras mi inspección de la noche anterior, que Ryan se había suicidado. Ahora la autopsia debía confirmar también que se trataba de un suicidio.

Hay dos situaciones que requieren que se practique una autopsia, también llamada examen *post mortem*. Puede hacerse tras una muerte natural, por lo general en un centro hospitalario —y aunque se conozca la causa de la muerte—, para confirmar el diagnóstico del paciente y, posiblemente, evaluar los efectos del tratamiento. A los familiares más próximos del fallecido se les pide permiso para practicar este tipo de autopsia y tienen todo el derecho a negarse. Por fortuna, muchos dicen que sí. Lo que se descubra en ella puede ayudar a otros pacientes, ya que proporciona al personal médico una oportunidad excepcional de aprender y mejorar. En mi opinión es un acto de gran generosidad acceder a que se le practique una autopsia clínica a un ser querido.

El segundo caso tiene lugar cuando la causa de la muerte es desconocida o existe la posibilidad de que no haya

sido natural. En ese caso, se informa del fallecimiento a la oficina del oficial de instrucción. Cuando la muerte es sospechosa, no natural, criminal o inexplicable se practica una autopsia que no es clínica sino forense. Se trata de un examen completo y muy detallado del exterior y del interior del cuerpo. A continuación, el médico forense detalla todos sus hallazgos en un informe.

El informe en cuestión debe hacer constar la identificación formal del fallecido y ese, el de la identificación, es a menudo un proceso largo y complejo, que no siempre llega a completarse. El informe también explica por qué la policía o el oficial de instrucción han solicitado la autopsia, enumera a las personas presentes durante el examen e informa de los resultados de los análisis de laboratorio que se realizaron *a posteriori*.

El grueso del informe lo conforma una descripción detallada de los hallazgos del forense. Solemos ofrecer algún tipo de interpretación de esos hallazgos y al final dictaminamos una causa de la muerte. Si no sabemos por qué murió aquella persona, lo hacemos constar, aunque por lo general tras sopesar las diversas posibilidades.

Pese a haber pasado años estudiando el aspecto macroscópico y microscópico que presentan los órganos en miles de enfermedades durante nuestro periodo de formación, el examen cuidadoso del cuerpo que tenemos ante nosotros es a menudo la parte más importante de una autopsia. Durante ese detallado examen externo, medimos y tomamos nota del tamaño, la localización y la forma de cada rasguño y hematoma, y de cada agujero de bala y herida de arma blanca. Quizá parezca un procedimiento sencillo si se compara con el análisis médico del interior del cuerpo, pero se ha demostrado que a menudo es el que más cuenta a la hora de reconstruir un homicidio. Sería un

error contemplar el examen externo como una mera formalidad y realizarlo de forma apresurada. Luego, cuando el cuerpo ya ha sido incinerado, podríamos lamentar haber tomado tan pocas notas.

Michael Ryan era un asesino en serie. Mató a 16 personas y otras tantas resultaron heridas por su culpa. Mi carrera hasta entonces había girado en torno a víctimas de accidentes, de crímenes o de la mala suerte. Pocas veces veía a criminales, y sin duda nunca había contemplado de cerca a nadie que hubiera causado tanta muerte y dolor. ¿Podía, debía tratar a Ryan con el mismo respeto con el que trataría a sus víctimas?

Sabía que era mi deber hacerlo. No hay lugar para los sentimientos en una sala de autopsias. He aprendido, y es una de las mayores lecciones de mi trabajo, a no sentir una aversión moral que otros creerían no solo justificada sino necesaria. De modo que aparté de mi mente y de mi corazón cualquier sentimiento que pudiera tener sobre aquel chico y sobre sus actos. Sabía que examinarlo requeriría de tanto o más cuidado y atención del que serían necesarios para los demás. Solo tras un examen físico exhaustivo y conclusivo podría facilitar al oficial de instrucción la información que su oficina necesitaba para emitir el veredicto adecuado durante la investigación judicial.² Sabía que tener pruebas era crucial en ese veredicto, para evitar cualquier impugnación que pudiera haber en el futuro o las inevitables teorías de la conspiración.

2. Se refiere al procedimiento oficial que el oficial de instrucción pone en marcha en las zonas del Reino Unido en las que es este funcionario el encargado de investigar las muertes no naturales y las ocurridas en circunstancias sospechosas. Aunque también se emite un veredicto, es un procedimiento judicial distinto al ordinario, y se desarrolla en un tribunal propio. (*N. de la t.*)

Costaba hacerse a la idea de que aquel joven delgado que yacía desnudo en la mesa de autopsias había llevado a cabo una masacre. Todos los presentes en la sala —agentes de policía, personal de la morgue, incluso Pam— lo miraban atónitos. Tenía un aspecto tan vulnerable como el de cualquier víctima de un crimen, como cualquiera de sus víctimas.

Sin más dilación, me puse a hacer mi trabajo: realicé un examen completo, en particular de los orificios de entrada y salida de la cabeza; abrí el cuerpo para examinar el interior y tomar muestras para los análisis toxicológicos; examiné el recorrido, por último, de la bala a través de su cerebro.

En cuanto me puse a trabajar, se hizo el silencio en la sala. No hubo más llamadas. Ni movimientos nerviosos. Nadie dio golpecitos a nada. Dejaron de circular teteras y tazas de té. Incluso la temperatura descendió de forma significativa. En cuanto terminé, se llevaron la camilla. Nadie quería acercarse a aquel chico extraño que había llevado una vida tranquila con su madre mientras alimentaba una obsesión con las armas de fuego y pensaba en Dios sabe qué.

Me puse a continuación con las víctimas de Ryan y me di cuenta de que sería un día largo, difícil y agotador. Se oía el golpeteo de las cámaras frigoríficas al abrirse y cerrarse cuando completábamos una autopsia y empezábamos la siguiente. Al margen de aquello, y de lo que le dictaba de viva voz a Pam, en la habitación reinaba el silencio. Me ayudaba una forense en prácticas, Jeanette MacFarlane. Pam tecleaba lo que yo le dictaba y varios agentes de policía, en turnos rotativos, me seguían de mesa en mesa; los de más rango tomaban notas, y los demás recogían mis muestras.

Cuando yo terminaba con un cuerpo, el personal de la morgue lo limpiaba, lo cosía y lo preparaba para que la familia pudiera verlo.

Las muertes no tenían ningún misterio: eran todas por heridas de bala. Ninguna de las víctimas había visto a Ryan enfurecido, armas en mano, y se había desplomado por un ataque al corazón. Pero mi trabajo era buscar cualquier enfermedad natural que pudiera haber causado o acelerado la muerte. Tenía que documentar cuidadosamente cada herida, explicarla, analizarla, describir la trayectoria de la bala o balas. Daba vueltas alrededor de los cuerpos, dando instrucciones al fotógrafo, midiendo heridas, tomando nota de cualquier anormalidad, recitando mi liturgia a Pam. Poco a poco empezó a emerger una imagen más clara del día de furia de Ryan.

Por lo general, a las víctimas que habían muerto de un solo disparo les había disparado desde lejos. Si estaba más cerca de la víctima, Michael Ryan sentía la aparente necesidad de disparar más veces.

Cuando su madre, que trabajaba de cocinera en un colegio, oyó por una amiga lo que estaba pasando, volvió a casa a reprenderle. La amiga la llevó en coche hasta South View y ella siguió a pie hasta llegar a su domicilio, dejando atrás a muertos y heridos, y acercándose sin miedo a su hijo.

—¡Basta ya, Michael! —le gritó.

Él se encaró a ella y le disparó un tiro en la pierna con el rifle semiautomático. Eso hizo que cayera boca abajo al suelo. Tal como yo lo veo, con ese disparo solo pretendía incapacitarla. Luego fue hacia ella, se apostó de pie a su lado y le disparó dos veces en la espalda para matarla.

En esos dos últimos tiros se veían el hollín y las abrasiones típicas de las heridas en las que el arma se ha disparado a muy poca distancia, quizá a unos quince centímetros. Puede que no fuera capaz de mirarla a la cara mientras la mataba. Hasta la llegada de su madre, Ryan no había salido del área que rodeaba su vivienda; la teoría que yo me hice

era que, con su madre muerta, él se había permitido ampliar su zona de actuación por el pueblo. Mi sensación era que solo entonces Ryan se había sentido libre para regodearse en la experiencia del poder extraordinario y desacomunado que las armas que llevaba le concedían sobre los que iban desarmados.

En los días siguientes seguí adelante con aquel peculiar trabajo, abriéndome paso despacio en un cuerpo tras otro. La muerte, para aquellas víctimas, había sido un final inesperado y violento a unas vidas pacíficas y quizá, por lo demás, sin grandes sobresaltos. A todos en la morgue la idea les conmovía enormemente, pero los forenses no podemos permitirnos sucumbir al horror, ni siquiera al malestar. No hay lugar para la conmoción en el trabajo forense. Debemos buscar la verdad con desapego clínico. Para prestar un servicio a la sociedad en ocasiones debemos dejar de lado algunos aspectos de nuestra propia humanidad. Creo que esa misma humanidad dejada de lado es la que se reafirmó a sí misma con fuerza al volar sobre Hungerford casi treinta años después.

De hecho, me ha llevado todo este tiempo admitir que aquella masacre me afectó profundamente. Por aquel entonces yo era incapaz de reconocer, tampoco a mí mismo, que sentía horror o tristeza, en cualquiera de sus manifestaciones. Mis compañeros de profesión, machos alfa o aspirantes a serlo, eran el espejo en el que me miraba, y ellos nunca habrían mostrado o expresado un sentimiento de ese tipo, ni se habrían permitido pensar en ello. No, para hacer este trabajo tenía que recordar la integridad profesional del profesor Keith Simpson, el médico forense que, durante mi adolescencia, me había fascinado hasta el punto de decirme a seguir sus pasos. ¿Acaso en sus libros dijo algo alguna vez sobre el espanto o el horror? No, no lo hizo.

Cuando Iain regresó de sus vacaciones no me preguntó nada sobre Hungerford ni me dio ningún consejo ni hizo referencia a lo ocurrido de ninguna otra manera. Sin duda lo enfurecía que me hubiera hecho cargo de un caso tan importante en su ausencia, aunque cubrirle durante sus vacaciones era parte de mi trabajo. ¿Podría haberle localizado y pedido que viniera? Quizá, y por algo así seguro que habría venido. Los dos sabíamos que un caso de tanto impacto como aquel tendría que haber sido suyo: había intervenido en muchos atentados y tiroteos del IRA. De hecho, se había especializado en balística.

Su furia se manifestó en forma de frialdad, aunque poco a poco empezó a saberse por otros compañeros que Iain creía que lo más estúpido que había hecho Ryan había sido cometer aquella masacre cuando él, Iain, estaba de vacaciones. A lo que nosotros añadimos por nuestra cuenta que, como si eso no hubiera sido suficiente, Iain también debía pensar para sus adentros que Ryan había sido un idiota por pegarse un tiro y privar al famoso doctor West de una intervención espectacular en el juicio.

Durante mucho tiempo, la masacre de Hungerford pesó en nuestra relación. Sin embargo, no cabe duda de que mi posición en el Guy, y probablemente en todo el Reino Unido, cambió como consecuencia de mi trabajo en aquel caso. Había dejado de ser el hermano pequeño que miraba embobado, el discípulo complaciente. Era un forense reconocido por derecho propio.